

¿Qué es el bien común?

«La preocupación por el bien común debe impulsarnos a encontrar caminos para cultivar el desarrollo humano en su más rica diversidad.»

Transcripción de una conferencia del lingüista, filósofo, científico cognitivo, ensayista histórico, crítico social y activista político estadounidense Noam Chomsky en la Universidad de Columbia en Nueva York el 6 de diciembre de 2013.



Los seres humanos son seres sociales, y el tipo de criatura en que se convierte una persona depende de manera crucial de las circunstancias sociales, culturales e institucionales de su vida.

Por lo tanto, nos vemos impulsados a indagar en los arreglos sociales que conducen a los derechos y el bienestar de las personas, y a la realización de sus justas aspiraciones, en resumen, el bien común.

Para tener perspectiva, me gustaría invocar lo que me parecen obviedades virtuales. Se relacionan con una interesante categoría de principios éticos: aquellos que no sólo son universales, en el sentido de que casi siempre se profesan, sino también doblemente universales, en el sentido de que al mismo tiempo son casi universalmente rechazados en la práctica.

Estos van desde principios muy generales, como la perogrullada de que debemos aplicarnos a nosotros mismos los mismos estándares que aplicamos a los demás (si no más severos), hasta doctrinas más específicas, como la dedicación a la promoción de la democracia y los derechos humanos, que se proclama casi universalmente, incluso por los peores monstruos, aunque el registro real es sombrío, en todo el espectro.

Un buen lugar para comenzar es con el clásico *Sobre la libertad* de John Stuart Mill. Su epígrafe formula «El gran principio rector, hacia el cual convergen directamente todos los argumentos desarrollados en estas páginas: la importancia absoluta y esencial del desarrollo humano en su más rica diversidad».

Las palabras se citan de Wilhelm von Humboldt, uno de los fundadores del liberalismo clásico. De ello se deduce que las instituciones que restringen dicho desarrollo son ilegítimas, a menos que puedan justificarse de algún modo.

La preocupación por el bien común debe impulsarnos a encontrar caminos para cultivar el desarrollo humano en su más rica diversidad.

Adam Smith, otro pensador de la Ilustración con puntos de vista similares, sintió que no debería ser demasiado difícil instituir políticas humanas. En su *Teoría de los sentimientos morales* observó que «Por muy egoísta que se pueda suponer a un hombre, evidentemente hay algunos principios en su naturaleza que le interesan en la fortuna de los demás y hacen que la felicidad de ellos sea necesaria para él, aunque no obtenga nada de ella. excepto el placer de verlo.»

Smith reconoce el poder de lo que él llama la «máxima vil de los amos de la humanidad»: «Todo para nosotros y nada para los demás». Pero las «pasiones originales de la naturaleza humana» más benignas podrían compensar esa patología.

El liberalismo clásico naufragó en los escollos del capitalismo, pero sus compromisos y aspiraciones humanistas no murieron. Rudolf Rocker, un pensador y activista anarquista del siglo XX, reiteró ideas similares.

Rocker describió lo que él llama «una tendencia definida en el desarrollo histórico de la humanidad» que se esfuerza por «el desarrollo libre y sin trabas de todas las fuerzas individuales y sociales en la vida».

Rocker estaba esbozando una tradición anarquista que culminaba en el anarcosindicalismo, en términos europeos, una variedad de «socialismo libertario».

Este tipo de socialismo, sostuvo, no representa «un sistema social fijo y cerrado en sí mismo» con una respuesta definitiva a todas las múltiples preguntas y problemas de la vida humana, sino más bien una tendencia en el desarrollo humano que se esfuerza por alcanzar los ideales de la Ilustración. .

Así entendido, el anarquismo es parte de una gama más amplia de pensamiento y acción socialista libertaria que incluye los logros prácticos de la España revolucionaria en 1936; llega más lejos a las empresas propiedad de los trabajadores que se extienden hoy en día en el cinturón industrial estadounidense, en el norte de México, en Egipto y en muchos otros países, más extensamente en el País Vasco en España; y engloba los numerosos movimientos cooperativos de todo el mundo y buena parte de las iniciativas feministas y de derechos civiles y humanos.

Esta tendencia amplia en el desarrollo humano busca identificar las estructuras de jerarquía, autoridad y dominación que limitan el desarrollo humano, y luego someterlas a un desafío muy razonable: justificarse.

Si estas estructuras no pueden enfrentar ese desafío, deberían ser desmanteladas y, según creen los anarquistas, «remodeladas desde abajo», como observa el comentarista Nathan Schneider.

En parte, esto suena como una perogrullada: ¿Por qué alguien debería defender estructuras e instituciones ilegítimas? Pero las perogrulladas al menos tienen el mérito de ser ciertas, lo que las distingue de buena parte del discurso político. Y creo que proporcionan peldaños útiles para encontrar el bien común.

Para Rocker, «el problema que se plantea para nuestro tiempo es el de liberar al hombre de la maldición de la explotación económica y la esclavitud política y social».

Cabe señalar que el tipo estadounidense de libertarismo difiere marcadamente de la tradición libertaria, ya que acepta y, de hecho, aboga por la subordinación de los trabajadores a los amos de la economía, y la sujeción de todos a la disciplina restrictiva y las características destructivas de los mercados.

El anarquismo se opone, como es bien sabido, al estado, al tiempo que defiende la «administración planificada de las cosas en interés de la comunidad», en palabras de Rocker; y más allá de eso, federaciones de amplio alcance de comunidades y lugares de trabajo autónomos.

Hoy en día, los anarquistas dedicados a estos objetivos a menudo apoyan el poder estatal para proteger a las personas, la sociedad y la tierra misma de los estragos del capital privado

concentrado. Eso no es contradicción. La gente vive, sufre y perdura en la sociedad existente. Se deben utilizar los medios disponibles para salvaguardarlos y beneficiarlos, incluso si el objetivo a largo plazo es construir alternativas preferibles.

En el movimiento de trabajadores rurales de Brasil se habla de «ampliar los pisos de la jaula» - la jaula de las instituciones coercitivas existentes que pueden ser ampliadas por la lucha popular - como ha sucedido efectivamente durante muchos años.

Podemos extender la imagen para pensar en la jaula de las instituciones estatales como una protección contra las bestias salvajes que deambulan afuera: las instituciones capitalistas depredadoras apoyadas por el estado dedicadas en principio a la ganancia privada, el poder y la dominación, con el interés de la comunidad y de la gente como mucho en un segundo plano. nota a pie de página, venerada en la retórica pero descartada en la práctica como una cuestión de principio e incluso de derecho.

Gran parte del trabajo más respetado en ciencia política académica compara las actitudes públicas y la política gubernamental. En *Abundancia e influencia: Desigualdad económica y poder político en Estados Unidos*, el académico de Princeton Martin Gilens revela que la mayoría de la población estadounidense está privada de sus derechos.

Alrededor del 70 por ciento de la población, en el extremo inferior de la escala de riqueza/ingresos, no tiene influencia en la política, concluye Gilens. Subiendo en la escala, la influencia aumenta lentamente. En lo más alto están aquellos que prácticamente determinan la política, por medios que no son oscuros. El sistema resultante no es la democracia sino la plutocracia.

O tal vez, un poco más amablemente, es lo que el jurista Conor Gearty llama «neodemocracia», un socio del neoliberalismo, un sistema en el que unos pocos disfrutan de la libertad y la seguridad en su sentido más completo está disponible solo para la élite. pero dentro de un sistema de derechos formales más generales.

En contraste, como escribe Rucker, un sistema verdaderamente democrático lograría el carácter de «una alianza de grupos libres de hombres y mujeres basada en el trabajo cooperativo y una administración planificada de las cosas en interés de la comunidad».

Nadie tomó al filósofo estadounidense John Dewey por anarquista. Pero considere sus ideas. Reconoció que «El poder reside hoy en el control de los medios de producción, intercambio, publicidad, transporte y comunicación. Quien los posee gobierna la vida del país», aunque se mantengan las formas democráticas. Hasta que esas instituciones estén en manos del público, la política seguirá siendo «la sombra proyectada sobre la sociedad por las grandes empresas», como se ve hoy.

Estas ideas conducen de manera muy natural a una visión de la sociedad basada en el control de las instituciones productivas por parte de los trabajadores, tal como lo concibieron los pensadores del siglo XIX, en particular Karl Marx pero también, menos conocido, John Stuart Mill.

Mill escribió: «La forma de asociación, sin embargo, que se debe esperar que predomine si la humanidad continúa mejorando, es la asociación de los propios trabajadores en términos de igualdad, poseyendo colectivamente el capital con el que realizan sus operaciones, y trabajando bajo administradores de elección y remoción por ellos mismos».

Los Padres Fundadores de los Estados Unidos eran muy conscientes de los peligros de la democracia. En los debates de la Convención Constitucional, el artífice principal, James Madison, advirtió sobre estos peligros.

Tomando naturalmente a Inglaterra como su modelo, Madison observó que «En Inglaterra, en la actualidad, si las elecciones estuvieran abiertas a todas las clases de personas, la propiedad de los terratenientes sería insegura. Próximamente se promulgaría una ley agraria», socavando el derecho a la propiedad.

El problema básico que Madison previó al «enmarcar un sistema que deseamos que dure por mucho tiempo» fue asegurar que los gobernantes reales sean la minoría adinerada para «asegurar los derechos de propiedad contra el peligro de una igualdad y universalidad del sufragio, otorgando el poder completo sobre la propiedad a manos sin participación en ella».

La beca generalmente está de acuerdo con la evaluación del académico de la Universidad de Brown, Gordon S. Wood, de que «La Constitución era intrínsecamente un documento aristocrático diseñado para controlar las tendencias democráticas de la época».

Mucho antes que Madison, Aristóteles, en su *Política*, reconoció el mismo problema con la democracia.

Al revisar una variedad de sistemas políticos, Aristóteles concluyó que este sistema era la mejor, o quizás la menos mala, forma de gobierno. Pero reconoció una falla: la gran masa de los pobres podría usar su poder de voto para tomar la propiedad de los ricos, lo cual sería injusto.

Madison y Aristóteles llegaron a soluciones opuestas: Aristóteles aconsejó reducir la desigualdad, mediante lo que consideraríamos como medidas del estado del bienestar. Madison sintió que la respuesta era reducir la democracia.

En sus últimos años, Thomas Jefferson, el hombre que redactó la Declaración de Independencia de los Estados Unidos, captó la naturaleza esencial del conflicto, que está lejos de terminar. Jefferson tenía serias preocupaciones sobre la calidad y el destino del experimento democrático. Distinguió entre «aristócratas y demócratas».

Los aristócratas son «aquellos que temen y desconfían del pueblo, y desean arrebatarle todos los poderes a las manos de las clases superiores».

Los demócratas, en cambio, «se identifican con el pueblo, tienen confianza en él, lo aprecian y lo consideran como el depositario más honesto y seguro, aunque no el más sabio, del interés público».

Hoy en día, los sucesores de los «aristócratas» de Jefferson podrían discutir sobre quién debería desempeñar el papel rector: intelectuales tecnocráticos y orientados a la política, o banqueros y ejecutivos corporativos.

Es esta tutela política la que la genuina tradición libertaria busca dismantelar y reconstruir desde abajo, al mismo tiempo que cambia la industria, como dijo Dewey, «de un orden social feudalista a uno democrático» basado en el control de los trabajadores, respetando la dignidad del productor. como una persona genuina, no como una herramienta en manos de otros.

Al igual que el Viejo Topo de Karl Marx -»nuestro viejo amigo, nuestro viejo topo, que sabe tan bien cómo trabajar bajo tierra, y luego emerger repentinamente«-, la tradición libertaria siempre está excavando cerca de la superficie, siempre lista para asomarse, a veces de forma sorprendente. y formas inesperadas, buscando lograr lo que me parece una aproximación razonable al bien común.